

AÑO XVIII.—NÚM. 5302.

7 DE FEBRERO DE 1879.

REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA.

Viernes 7 de Febrero de 1879.

CONCLUSION DEL DISCURSO

DEL EXCMO. SEÑOR

D. ANTONIO RODRIGUEZ DE CEPEDA.

¿Quizá os parezca exagerada esta pintura (pues qué no ven vuestros ojos las sombrías nubes que oscureciendo el horizonte, avanzan rápidamente impelidas por el huracán? ¿no oyen vuestros oídos el lejano rumor de la tormenta? ¿no hieren vuestra vista los primeros rayos que ya lanza de su seno? Pues no olvidéis que si los primeros rayos hieren las cumbres de los montes y las torres de los alcázares; cuando la tormenta se estiende por todo el horizonte, los siguientes, incendian también las humildes cabañas, é impetuosos torrentes, precipitándose desbordados sobre las llanuras, lo arrasan todo, lo inundan todo, sembrando por doquier la desolación y el espanto.

¿Pero á qué conduce, dirá alguno, la pintura de ese sombrío porvenir en este sitio y en esta ocasión? A oponer la única barrera, posible á tales males, á buscar el único remedio eficaz para la grave enfermedad que aqueja á la sociedad europea; ese remedio es la educación moral y religiosa: la educación moral y religiosa de todas las clases sociales, del pobre y del rico, del noble y del plebeyo, del labrador y del artesano, del capitalista y del obrero, de todos, en fin, los que formando parte del cuerpo social, concurren por diversas vías á la pública prosperidad y comun bienestar. Y como uno de los objetos que con más predilección ha mirado siempre esta sociedad, es la educación pública, á la que consagra anualmente la mayor parte de los premios que otorga, he creído oportuno escitar el celo de los encargados de dirigirla y padres y maestros, para que den á la educación moral y religiosa toda la importancia que en sí tiene, y toda la que exige el sombrío porvenir que nos amenaza.

No puede una sociedad vivir con vida próspera y tranquila, sin orden moral y sin justicia; y la ley humana y los medios puramente humanos de que dispone, no son por sí solos bastante eficaces para mantener el orden moral, ni aun la justicia. Podrán castigar á veces los crímenes, pero y á veces con lamentable frecuencia cuán impotentes son para prevenirlos, y aun en muchos casos para castigarlos. Ni las leyes más sabias, ni los procedimientos más rápidos, ni las penas más severas, ni los tribunales mejor organizados, ni la policía más vigilante bastan, cuando

falta en una sociedad un fondo de moral que todo lo vivifique, y todo lo domine, para librar al hombre pacífico del puñal del asesino, para preservar el fruto de su trabajo honrado de la astucia ó de la violencia del ladrón, para conservar la fidelidad de la esposa ó el decoro de la hija, para amparar la honra contra la difamación que derrama cautelosa y secretamente su veneno, difundido luego por la murmuración y la maledicencia; sin que al infeliz víctima de ellas le sea posible descubrir el origen para obtener su castigo.

En una sociedad, donde la moralidad de los pensamientos y deseos, de la palabra y de las obras no tenga asiento en lo interior de la conciencia, no esperéis seguridad para la vida, para la hacienda, para la honra, ni buena fé en el comercio y trato de hombres, ni mansedumbre en el rico y el magnate; ni tranquila resignación en el pobre ó de humilde condición, ni paz en el Estado, ni felicidad en el hogar doméstico.

Y la moralidad no puede tener sólido cimiento en la conciencia, si no hay algo ageno á ella, algo superior á ella, que, sin embargo, la penetre y fiscalice y que sancione de una manera eficaz sus preceptos. ¿Qué eficacia tendría en el hombre el conocimiento del bien y del mal moral, si no hubiera más recompensa del primero ni más castigo del segundo, que la tranquilidad ó el remordimiento de su propia conciencia? ¿Con cuánta facilidad sería apagada la voz tranquila de esta por el ardiente clamor de las pasiones!

Por eso todos los pueblos cultos, y aun la mayor parte de los que no lo eran, han considerado como única base sólida de toda moral la existencia de un Dios personal y providente, la inmortalidad de un alma libre y responsable, la existencia de una vida futura de premios y castigos; y como estas ideas han pertenecido, pertenecen y pertenecerán siempre al orden religioso, de aquí que la enseñanza moral se haya considerado siempre como inseparable de la religiosa. Aquella, sin esta, es planta estéril, que por más que se cultive y abone, jamás dará fruto alguno. ¿Cuán desatentados andan los que pretenden divorciarlas y arrojar á la segunda de la escuela! ¿Ay de aquel pueblo en que una enseñanza atea y materialista borrase en el hombre toda noción del deber, toda esperanza del premio á la virtud oculta ó de castigo para el crimen que logre eludir la acción de la justicia humana!

Pero la educación moral no es obra de mera enseñanza, estéril cuando no va acompañada del ejemplo, y cada virtud en unas clases sociales tiene su correspondiente en

otras, así como á cada vicio se contrapone otro. A la prudencia, moderación, templanza y caridad del grande, responden la resignación, la humildad, la gratitud del pequeño; al orgullo, al fausto, á la disipación de aquel, el encono, la envidia, el odio de este; al buen ejemplo del padre y del maestro, el cariño, el afecto, el respeto del hijo y del discípulo; al escándalo de aquellos, el menosprecio, la corrupción de estos. Por eso dijo Jesús á sus discípulos: «Ay del que escandaliza á una de estos pequeñitos (menos mal sería para él que le echasen al cuello una rueda de molino y le arrojasen al mar!»

Provechoso complemento de la educación moral de un pueblo y harlo descuidado hoy día por desgracia es la enseñanza de la urbanidad. No de una urbanidad afectada, que se cifra en vanas palabras de estériles cumplimientos, sino de la urbanidad que traspasando los límites adonde no llega la moral, enseña á hacer agradable el trato social, suavizando sus asperezas, á disimular las pequeñas faltas ajenas, á evitar las propias que puedan molestar á otros; la que hace afable sin afectación al superior, respetuoso sin humillación al inferior, complaciente al igual; la que sirve como de pulimento exterior á la mansedumbre, á la caridad, á la humildad, á la prudencia, á la templanza y á todas las virtudes cristianas. En las escuelas públicas, destinadas principalmente á los niños pobres, es tanto más importante la enseñanza de la urbanidad, cuanto hay que suplir en ellos lo que otros aprendan en el ejemplo de sus propias familias. Atendiendo con celo y constancia á esta enseñanza, y enlazándola con la de la moral religiosa, desaparecería con el tiempo esa tosca rusticidad y grosería que distingue á algunas clases sociales, y que empaña el brillo que sin ella, pudieran á veces tener sus virtudes morales.

Quiera Dios, señores, que penetrados todos de la importancia de las sencillas verdades que acabo de exponeros, redoblemos nuestros esfuerzos cada cual en cuanto de él dependa, para rechazar unánimes la enseñanza atea y materialista, precursora solo de las grandes tormentas que ya comienzan á divisarse en lejano horizonte; para robustecer y fortificar la educación moral y religiosa, de nuestro pueblo, que unida con vínculos indisolubles á hábitos de honrado trabajo y de prudente economía, son los únicos medios de elevarlo al grado de prosperidad y felicidad que todos anhelamos. He dicho.

MISCELANEA.

Segun datos que publica el periódico inglés «Army and Navy Gazette», la marina de guerra rusa se compone en la actualidad de 28 escorazados, 6 fragatas de hélice, 11 corbetas, 13 barcos de vela, 4 grandes vapores, 17 piroscopos, 22 cañoneras, 111 botes torpedos, 27 goletas, 117 lanchas de vapor y algunos otros ascendiendo en total á unos 340 buques, de los cuales hay en el mar Báltico para su defensa 228, en el Mar Negro 62, en el Caspio 16, en el Aral 6 y 28 en el mar que baña la costa de la Siberia.

El personal de la flota asciende á unos 122 almirantes y jefes superiores, y 31.985 entre los oficiales y marineros.

NOTICIAS GENERALES

Estrasburgo, 5.

Reina fuerte temporal de neblinas. El rey D. Alfonso ha presistido desde el pabellón que ocupaba, el desfile de la guarnición portuguesa. Durante los brindis las baterías de la plaza han saludado á los reyes huéspedes.

La empresa del ferrocarril ha obsequiado con un suntuoso banquete á los periodistas españoles y portugueses y corresponsales extranjeros, cambiándose durante la comida afectuosos brindis.

El rey D. Luis llegará á Lisboa de doce á una de la noche.

San Petersburgo, 5.

Segun los últimos telegramas recibidos, la epidemia sigue decreciendo, no presentándose ningún caso nuevo desde anteayer en los distritos infestados.

París, 5.

El presidente de la república señor Grevy, recibirá el sábado al cetero diplomático.

Londres, 5.

Ha sido nombrado embajador de Inglaterra en San Petersburgo el señor, Dufferin, en reemplazo del señor Loftus.

París, 5.

Los periódicos de Londres anuncian nuevas quiebras en aquella capital. La Union Bank deja un pasivo de 90.000 libras esterlinas, ascendiendo solo á 7.000 el activo.

Viena, 5.

Hoy ha sido firmado el tratado definitivo de paz entre Rusia y Turquía.

San Petersburgo, 5.

Ha llegado á Moscow el delegado del gobierno rumano en la comisión sanitaria encargada de estudiar la epidemia que se presentó en el gobierno de Astrakán.